

Botti, A.: ed. *Clero e guerre spagnole in età contemporanea (1808-1939)*, Soveria Mannelli, Rubettino, 2011, 462 pp. ISBN del libro es el siguiente: 978-88-498-3166-5.

Este libro que coordina el conocido hispanista Alfonso Botti, tiene su origen en un congreso internacional, organizado por la revista *Spagna contemporanea* y celebrado en Alessandria y Novi Ligure, en diciembre de 2008 sobre el tema «Clero e guerre spagnole: dalla guerra antinapoleónica alla guerra civile (1808-1939)», con la participación de acreditados especialistas italianos y españoles, procedentes no solo del campo de la historia general, sino también de los de la historia de la literatura o el arte, aunque bajo el denominador común –por lo que respecta a los estudiosos italianos–, de su orientación hacia las cuestiones hispánicas.

El volumen viene precedida de una extensa y muy erudita introducción de su coordinador en la que Botti razona la oportunidad del encuentro científico que estuvo en su origen, aludiendo a la disponibilidad de nuevas fuentes históricas (señaladamente, las relativas al Archivo secreto vaticano, por lo que concierne al pontificado de Pío XI), a los nuevos enfoques historiográficos desarrollados en España, o en Italia y Francia pero sobre todo, a una cuestión insuficientemente resuelta, como es la de la explicación de la violencia desplegada por el anticlericalismo en la historia contemporánea española y que halló su culminación en la Guerra Civil de 1936-1939. Esa sería la hipótesis de trabajo que sustentó el planteamiento de dicho congreso.

Pero la introducción de Botti es, sobre todo, una suerte de ensayo en el que pasa revista a una serie de cuestiones que se relacionan directa o indirectamente con la temática abordada en el volumen, como la singularidad con que el clero se nos muestra en España desde la Guerra de la Independencia, en tanto clero politizado y combatiente y cómo esta singularidad se recreó y amplificó en la literatura, popularizando una cierta imagen del clero, desde Pérez Galdós a López de Ayala o Azaña. Una peculiaridad, de todos modos, que no haría sino traducir el carácter belicoso del catolicismo español., sólidamente arraigado en una tradición que se pretendía hacer remontar a la Reconquista.

En contraste con todo ello, se pregunta Botti si España era un país realmente católico, una duda suscitada por datos de diferentes diócesis españolas en los primeros decenios del siglo xx, que manifiestan un considerable alejamiento

de las masas populares de los lugares de culto o una notable inobservancia del precepto pascual y, muy en relación con ello, un avance muy significativo de los procesos de secularización en los años republicanos. Un balance, en su conjunto bastante desalentador –desde el prisma católico–, que no dejaba de guardar relación con una deficiente formación cultural y moral del clero, como muestran los informes coetáneos y, más aún, las visitas apostólicas a los seminarios en los años 30, corroborados por los juicios de los representantes del Vaticano, como Tedeschini o Antoniutti (a pesar del giro que este último imprimió a la cuestión debido a la centralidad que el tema de los *mártires* cobró en el discurso nacional-católico). En este volumen, no obstante, de cara a dar una respuesta satisfactoria a la pregunta inicial, ese tipo de críticas –a veces, –autocríticas, tanto contemporáneas como a posteriori–, que acercan mucho más a la realidad del clero, han orientado el sentido general de la compilación.

Giovanni Vian (Universidad de Venecia), se ocupa de trazar un marco general acerca de la posición de la iglesia católica –del papado, fundamentalmente, a partir del examen de las enseñanzas pontificias–, respecto de las «guerras modernas» y de la paz, aproximadamente en el periodo que abarca este libro. Desde el pontificado de Gregorio XVI o Pío IX, todavía soberanos temporales, que sostuvieron iniciativas militares para frenar los movimientos insurreccionales en sus estados, al de León XIII y sucesores, reducidos a una dimensión espiritual y que buscaron reforzar el papel moral y de árbitro del Papa, en los conflictos internacionales, Vian efectúa un interesante recorrido en el que se advierte la evolución de la posición pontificia hacia posiciones de condena respecto de la guerra moderna (por sus efectos cada vez más mortíferos), aunque subrayando al mismo tiempo que solo en Dios y en el catolicismo podían encontrarse los fundamentos para realizar la paz. Es interesante el estudio del pontificado de Pío XI en el que, al lado de una incomodidad creciente respecto de los conflictos motivados por un nacionalismo extremo, la Santa Sede expresó su apoyo, aunque con algunas cautelas, a quienes en España defendían supuestamente los derechos de Dios y de la religión.

Walter Ghia (Universidad de Campobasso), abre una serie de capítulos relativos a la Guerra de la Independencia y al importantísimo papel que el clero y la religión católica jugaron en ella. Ghia centra su atención sobre el clero combatiente y la supuesta excepcionalidad española que implicaría este maridaje entre la ordenación sacerdotal y la función guerrera, y dedica buena parte de su argumentación a poner en cuestión que la práctica del clero combatiente constituya una tradición española, con profundas raíces en un pasado lejano. Para Ghia, en cambio, dicha tradición nace, justamente en la propia Guerra contra los franceses, se «inventa», a partir del Dos de Mayo. En la siguiente contribución, a cargo del hispanista francés Jean-René Aymes se documentan, con gran profusión de datos, las distintas modalidades que revistió la intensa participación del

clero patriota español, no solo del regular, sino también, de las altas jerarquías, en el conflicto, desde el uso de la palabra para incitar a la población a tomar las armas, a la creación de unidades guerrilleras compuestas por clérigos que fueron conocidas como *cruzadas*, que habían sido previstas por el carmelita Manuel Traggia.

Vittorio Scotti Douglas, uno de los animadores, junto con A. Botti y C. Venza de la revista *Spagna contemporanea*, firma un extenso y muy documentado trabajo (que subraya el interés de algunos archivos italianos en lo que hace al tema que aborda), de nuevo sobre la participación eclesiástica en la Guerra de 1808-1814, en el que procura situar en sus justos límites, más allá de toda mitificación, dicho papel. Así, por ejemplo, concluye, a partir de los datos existentes, que el número de clérigos guerrilleros, aunque significativo, no tuvo una excepcional importancia, si se considera el total de religiosos que había en España en aquellos momentos. Señala asimismo que los curas en armas fueron principalmente regulares y que desempeñaron a menudo la jefatura de las partidas. También, que es erróneo el enfoque de las *cruzadas* como unidades compuestas solo por religiosos (aporta, dicho sea de paso, informaciones inéditas sobre el proyecto de Traggia, de 1809). Pero este esfuerzo de desmitificación de las imágenes propuestas por la literatura apologética no es óbice para que el autor subraye la profundidad y la fuerza de la participación del clero español en la guerra.

Maximiliano Barrio Gozalo (Universidad de Valladolid), busca profundizar en las actitudes ideológicas adoptadas por el clero español en relación con la violencia y la guerra contra los franceses, y demostrar que no existió una completa unanimidad. O, lo que es lo mismo, que la imagen de un clero opuesto en su totalidad y con gran firmeza al invasor francés, dista de ser verdadera. Esto cabe advertirlo bien en la actitud de los obispos en los primeros compases del conflicto que, en muchos casos, en lugar de animar a sus diocesanos a tomar las armas, exhortaron a la calma o, incluso, condenaron los hechos del Dos de Mayo y pidieron la aceptación de la nueva dinastía (como hizo el arzobispo de Palmira, Félix Amat). Es verdad que eso cambiaría enteramente con la derrota francesa en Bailén. Pero esa falta de unanimidad se percibe asimismo entre el clero capitular, en el que son frecuentes los canónigos que apoyan y justifican al gobierno josefino e, incluso entre los simples sacerdotes pues, si bien se colocaron mayoritariamente frente al invasor, Barrio aporta el ejemplo de una serie de clérigos que tomaron la postura contraria. Estas posiciones contrapuestas remítan a la fractura ideológica que, ya desde antes de 1808, experimentaba la iglesia española, a la divisoria entre un sector del clero ilustrado y otro antiilustrado.

Emilio La Parra (Universidad de Alicante), centra su atención en el Trienio liberal (1820-1823) y en la actitud del clero frente al restablecimiento del régimen constitucional que, si bien en un primer momento fue de aceptación, se plasmó pronto en toda una serie de cautelas y reticencias que desvirtuaban el

sentido del cambio o que interpretaban la Constitución de una forma que invitaba a oponerse al gobierno liberal. La Parra efectúa, a este respecto, un interesante escrutinio de diversas pastorales en las que se evidencia como determinados obispos –con el respaldo del nuncio, Giustiniani–, transformaron el artículo 12 de la Constitución en un instrumento de lucha religiosa contra el poder. Con el paso del tiempo, esta beligerancia soterrada daría paso a la implicación del clero en conjuras antiliberales y en su activa colaboración en la formación de grupos armados que buscaban el derrocamiento de los liberales (es interesante la información que aporta sobre las *confidencias*, centros de agitación que se incardinaban en el programa elaborado por Fernando VII y su entorno). Y, por supuesto en la represión que se puso en marcha a partir de 1823 donde, al lado de aspectos más conocidos, La Parra llama la atención sobre cómo el clero puso un particular empeño en formar una opinión pública contraria al liberalismo, dando a la luz la *Colección eclesiástica española*, una verdadera enciclopedia antiliberal.

Las guerras carlistas son objeto de varios capítulos. En el que firma Carlos M. Rodríguez López-Brea (Universidad Carlos III, Madrid), efectúa un rápido repaso, en cierto modo desmitificador, del papel jugado por el clero en estos conflictos. Refiriéndose al primero de ellos (1833-1839), además de afirmar que el alto clero apoyó casi en su totalidad a la reina niña, Isabel, dice también que en aquellas zonas donde los clérigos se unieron al carlismo –allí donde este movimiento contó con un fuerte apoyo social–, raramente dirigieron la revuelta. Y aunque admite que los frailes mostraron una simpatía mayor por los carlistas, estima poco fidedigna la imagen de un apoyo casi masivo que los sectores liberales transmitieron. Tampoco considera que el conflicto fuera una guerra de religión. Por lo que respecta a la segunda guerra carlista reproduce algunas de las características de la anterior: casi nulo apoyo del alto clero, por ejemplo, o respaldo del clero parroquial muy circunscrito a las regiones en las que el carlismo gozó de mayores simpatías populares, si bien, ese reducido papel pudo quedar mitigado por el eco que tuvieron las actividades de jefes guerrilleros como el famoso *Cura Santa Cruz*. Es cierto que en esta segunda *carlistada* hubo algunos matices nuevos, como el injerto neocatólico en el movimiento o el mayor peso que tiene la temática de los *fueros*.

La visión del clero combatiente por parte de Benito Pérez Galdós, estudiada por Guillermo Carrascón (Universidad de Turín) resultaría indisociable del hecho de que, hacia los años 60 del siglo XIX, los acontecimientos de la guerra contra el francés se habían convertido en un lugar común de la cultura nacional y se daba por descontado el papel dirigente asumido por los clérigos. Un papel que se reprodujo en la nueva guerra carlista comenzada en el Sexenio democrático y en la que sobresalieron figuras como el ya mentado Santa Cruz. Dichos antecedentes es preciso tenerlos en cuenta para entender mejor la gestación, por

parte del escritor canario, de su primera serie de los *Episodios nacionales* y el tratamiento sumamente negativo que hace en ellos de los curas combatientes (el ejemplo mejor estaría en la figura de Mosén Trijueque), pero con una particularidad que remite a esa socialización de la Guerra de la Independencia: que sus críticas las vierte hacia personajes de ficción, en tanto que se abstiene de hacerlo sobre clérigos que tuvieron una existencia real. Incluso omite sorprendentemente, seguramente para no criticarlo, al cura Merino.

Nicola del Corno (Universidad de Milán), se ocupa por su parte de Valle Inclán, escritor particularmente atraído por el carlismo al que consideraba como la expresión de la España más auténtica, como se comprueba en su trilogía sobre la guerra carlista, si bien en esa atracción (y en la desvalorización o desprecio hacia el presente por él vivido, de la Restauración), entraba un componente estético, antes que ético. Porque el carlismo sería para Valle, el emblema de una época feudal idealizada, convertida en una ucronía. Y la guerra civil, concebida como una cruzada, era presentada como algo imprescindible que devolvería a España a sus verdaderas raíces. Se trataría de una lucha primitiva, espontánea, que mueve al sacerdote a cerrar su misal para empuñar el fusil, que presupone la completa destitución de todo atisbo de piedad y que Valle explicita sobre todo en la figura del cura guerrillero Santa Cruz, protagonista de *Gerifaltes de antaño*. Es verdad que, más tardíamente, y ya desilusionado con el carlismo, el escritor creará otro personaje, la monja Isabel, a través de la cual la guerra será presentada con un cariz negativo, haciendo hincapié en la destrucción y en los sufrimientos de la población inerme.

Mireno Berrettini (Universidad católica del Sacro Cuore), estudia, analizando diversos manuales dirigidos a este colectivo, la formación del clero castrense español en el primer tercio del siglo xx, una formación muy calcada sobre la de los seminaristas y en la que primaron los contenidos jurídicos y dogmáticos sobre los propiamente pastorales. Es muy interesante destacar cómo, en el periodo estudiado, y en parte por el modo encomiástico como se presentó a los capellanes fallecidos en la guerra de África se va delineando una figura del cura castrense que subraya la abnegación, el espíritu de sacrificio, dispuesta para servir de modelo a sus soldados. De modelo de mártir por Dios y por la patria, para la que se buscan antecedentes en la Guerra de la Independencia. Se ocupa también, en fin, de las peculiaridades de su acción pastoral que hizo hincapié, entre otros aspectos, en difundir un código ético orientado hacia el sacrificio y la obediencia y en el cual el tema de la muerte, la capacidad de morir por la patria desempeñaba un papel fundamental. Una formación, en definitiva, cuyos ejes principales se emparentan estrechamente con los del nacionalcatolicismo.

Cristóbal Robles Muñoz (Instituto de Historia, CSIC), estudia los casos, tremendamente polémicos, del obispo de Vitoria, Mateo Múgica, y del cardenal primado, Pedro Segura, expulsados de España durante la II República y que

mostrarían, a juicio del autor, el conflicto entre los poderes discrecionales del Gobierno provisional y el respeto a la legalidad, que no habría sido respetada. Un enfoque que Robles procura documentar de un modo exhaustivo, aunque quizás la abundancia misma de información hace que la lectura sea algo fatigosa. En todo caso, el texto, muy crítico con la política religiosa del gobierno republicano, arroja nueva luz acerca de la relación entre los nuevos poderes y los católicos, y sobre la política vaticana respecto de España.

Juana Chiaki Watanabe (Aoyama Gakuin University, Tokio), centra su atención en una organización, la Juventud de Acción Católica y, más específicamente, en el papel desempeñado por el clero en la misma. Un papel clave, pues el asistente espiritual garantizaba, en ese ámbito específico, y sobre todo, durante los años 30, la aplicación estricta de los principios de la doctrina católica y velaba por la moralidad de los jóvenes. Lo que ocurrió en la coyuntura de la Guerra Civil es particularmente atendido por la autora, tanto por lo que respecta a los jóvenes de la JAC que lucharon en el frente y a la actividad desplegada por sus capellanes en los Centros de vanguardia, como a quienes permanecieron en la zona republicana, sometidos a una persecución que en un cierto número de casos, acabó con su vida. El conflicto, pues, no solo no interrumpió la actividad de la JAC, sino que incluso la reforzó, y sus asistentes espirituales aseguraron la continuidad, entre los jóvenes, de una mentalidad nacional católica.

José Luis Ledesma (Universidad de Zaragoza) y Alfredo Verdoy (Universidad pontificia de Comillas), se ocupan de la violencia ejercida sobre el clero en la España republicana, tan actual y, en cierto modo, polémica, a causa de los masivos procesos de beatificación promovidos por el Vaticano. El primero efectúa un exhaustivo y desmitificador estado de la cuestión en el que se pone de manifiesto cómo la persecución emprendida contra el clero en la zona republicana se situó en el centro de la violencia revolucionaria en los primeros meses de la Guerra civil y como, también, ninguna otra institución o grupo social sufrió una persecución tan rápida y metódica. Y tan despiadada, por cuanto si bien los comités o las milicias podían respetar la vida de otros «enemigos», con los miembros del clero fueron implacables y hasta sádicos, todo lo cual invita a una explicación en profundidad, de base antropológica, que explore en la fuerte carga simbólica de que estas matanzas estuvieron revestidas (enfocadas como un símbolo de la liquidación del viejo orden), pero que hay que relacionar también con el hecho de que el anticlericalismo era, en la España de 1936, una de las identidades colectivas más potentes, y con la circunstancia de que esta cultura anticlerical –tan fuerte, por ejemplo, entre los anarquistas–, experimentó una súbita reactivación en el contexto de confrontación mortal generado por la Guerra.

Alfredo Verdoy estudia el tema de los *mártires* del conflicto en la historiografía y la hagiografía. Se pone de manifiesto en su aportación como el enfoque por parte de la Iglesia de los sacerdotes asesinados, como «mártires», y la voluntad

de crear un martirologio se originó ya antes de que la Guerra Civil concluyera (con el respaldo intelectual del Papa Pío XI, del cardenal Gomá, de Pla y Deniel, a la sazón, obispo de Salamanca), lo que se concretó en la aparición de toda una literatura a mitad de camino entre lo histórico y lo hagiográfico, que Verdoy estudia en detalle. Precisamente el heroísmo y la ejemplaridad para el resto de los cristianos que se les atribuyeron, conllevarían el deber de recoger con precisión y rapidez, los nombres de todos aquellos que vertieron su sangre por la fe de Cristo. Todo ello se tradujo en unos doscientos libros aparecidos en las décadas de 1940 y 1950, pero en los que prevaleció el enfoque apologético, frente al explicativo o interpretativo. Un modo de abordar la cuestión que pretendió ser enmendado por el que todavía hoy sigue siendo el más importante estudio sobre el tema, la *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)*, de Antonio Montero (Madrid, BAC, 1961), pero que, significativamente no se vio continuado. De hecho, afirma el autor que, a pesar de que se han multiplicado en fechas posteriores las publicaciones sobre esta temática, se siguen situando en la línea de los primeros martirologios (así, los trabajos de V. Cárcel Ortí), y se siguen echando en falta estudios sólidos y sintéticos.

El propio coordinador del volumen, Alfonso Botti (Universidad de Módena y Regio Emilia), cierra toda esta parte con un trabajo más general sobre el clero en la Guerra Civil española que se propone como una aproximación ponderada por cuanto que parte de la premisa de que, si bien una parte del clero fue, efectivamente, víctima de la violencia, considerado en su conjunto debe concluirse que no fue solamente víctima, poniendo el acento sobre las variadas formas de colaboración eclesial, de implicación directa en la preparación del alzamiento o en la propia guerra, de participación en las tareas de represión. Pero también sobre algunos casos de sacerdotes que no encajan en esa percepción generalizada –por otra parte, bastante cercana a la realidad–, de identificación absoluta con los militares alzados en armas, ya sea el de los curas que se identificaron con la República y fueron fusilados por los nacionales o de casos más singulares, alineados con el catolicismo social, como el canónigo Maximiliano Arboleya o el del cura de una aldea castellana, que se hacía cargo de las responsabilidades de la Iglesia en todo cuanto había sucedido, sobre el que aporta el testimonio de un católico italiano, seguidor de Dom Sturzo, que combatió en las Brigadas internacionales.

El libro se completa con dos estudios finales, a cargo de Marco Cipolloni (universidad de Módena y Regio Emilia) y de Elena Colombo, que exploran, el primero, las raíces y principios inspiradores de la belicosidad clerical hispánica y de sus símbolos, remitiendo a un amplio muestrario de ejemplos, espectacular por su erudición y por su variedad pues comprende desde la iconografía acuñada por Goya hasta los *spaghetti westerns*, de Sergio Corbucci. En el de Colombo, por su parte, se lleva a cabo un imaginativo y más general tratamiento del tema

de la aproximación de la espiritualidad al uso de las armas, recurriendo a *mangas* japoneses, pero también a la novelística española reciente, estudiando los paralelismos posibles, las similitudes en la presentación de personajes belicosos pertenecientes al estamento clerical o al monacato budista, es decir, la contigüidad ideológica entre religión y uso de la fuerza en diferentes culturas, así como sus razones profundas que la autora estima tienen que ver en parte con las inquietudes y problemas de las sociedades contemporáneas y, en particular, de los jóvenes.

Rafael Serrano García
Universidad de Valladolid
Instituto de Historia Simancas

Barbastro Gil, Luis: *El episcopado español y el alto clero en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 2013, 407 p. ISBN: 978-84-7784-644-4.

El profesor Luis Barbastro, buen conocedor de los comportamientos mentales del alto clero en el primer tercio del siglo XIX, ofrece en este libro una síntesis de la actitud de los obispos y de los miembros de los cabildos catedralicios durante la Guerra de la Independencia, cuyo estudio despertó gran interés con motivo de la celebración del bicentenario.

Aunque el autor apoya su estudio básicamente en la información que aporta la bibliografía que existe sobre el tema, también utiliza algunos documentos archivísticos que le ayudan a completar y enriquecer la información bibliográfica. Con estos materiales ha estructurado el trabajo en dos partes. En la primera estudia las diferentes actitudes del alto clero durante la ocupación francesa, y en la segunda se centra en el estudio del clero afrancesado.

En la primera parte, después recordar el dilema del alto clero en los primeros momentos de la ocupación francesa, como plantearon Félix Amat y otros prelados, al tener que elegir entre la colaboración o el enfrentamiento, así como el origen y evolución de término afrancesado, en los tres capítulos siguientes analiza las diferentes actitudes que adoptan los obispos ante la ocupación francesa. Primero examina la actitud de los prelados de la Cuenca del Duero, que en su mayoría permanecieron en la diócesis y mantuvieron una actitud conciliadora con el gobierno afrancesado, aunque con diferentes matices, y en los cabildos catedralicios se formó un grupo de prebendados afrancesados. A continuación defiende el apoyo de la mayoría de los obispos a la causa nacional, y lo hace analizando el comportamiento de los obispos de Orense, Santander y Coria, que se convirtieron en pregoneros incansables de la guerra santa contra

los franceses, la participación de los prelados en el movimiento juntero y en la actitud heroica de los obispos de Gerona y Vic. Termina esta parte examinando las vicisitudes de los obispos emigrados y los principales lugares de acogida: Cádiz y Mallorca, pues el último se convirtió en el mayor foco de reacción.

En la segunda parte se centra en el estudio de los obispos y clérigos afrancesados, aunque muchos los prelados se limitaron a un colaboracionismo pasivo para poder ejercer su ministerio entre los fieles. Estudia, en primer lugar, las diferencias entre los que se limitaron a prestar juramento de fidelidad a José I y los colaboracionistas. Después, examina el afrancesamiento de algunos obispos andaluces y sus cabildos, la situación de la archidiócesis toledana, «arquetipo de la política religiosa josefina y bastión del afrancesamiento eclesiástico», y la actitud del clero valenciano y su prelado. Termina la obra con un estudio más detallado de «tres iconos del afrancesamiento en la jerarquía»: Ramón José de Arce, Miguel Suárez de Santander y Félix Amat, sobre los que ya existen estudios de gran interés. Cierra el volumen con un amplio elenco bibliográfico y un índice onomástico.

El autor ha hecho un gran esfuerzo para sintetizar y clarificar las diferentes actitudes de los obispos ante la ocupación francesa: oposición o colaboración con distintos matices. Pero, al margen los matices, se puede hablar de dos actitudes básicas: la de los que arrostran las penalidades del exilio «por no ser traidores a su patria y ver ultrajada la religión»; y los que, por cumplir sus deberes pastorales, escogen el no menos penoso camino de permanecer con su grey en medio de los enemigos con el fin de actuar de mediadores y atemperar el furor de los franceses. De todas formas, aunque la colaboración de la jerarquía con el gobierno afrancesado no fue desdeñable, la mayoría de los obispos optó por el bando nacional.

Pero, si la actitud de los obispos es un tema que, en líneas generales, ya se conocía por los trabajos existentes, no sucede lo mismo con la actitud de los prebendados de los cabildos catedrales, sobre los que sólo teníamos noticias parciales, a pesar de que son los que aportaron el mayor número de eclesiásticos afrancesados. Hace ya muchos años sugerí que el clero capitular estaba atento a la escucha del poder y, en cuanto institución, se plegó a los oráculos de las autoridades que gobernaban, fueran francesas o españolas. Y ahora, el profesor Barbastro desgrana, cabildo a cabildo, la actitud de sus miembros, poniendo especial énfasis en los afrancesados, lo que le permite presentar un cuadro bastante completo de las tendencias que se observan entre los miembros de las instituciones capitulares. No obstante, hay que recordar que entre los capitulares que colaboran con los franceses se pueden diferenciar dos grupos: los que se limitan a colaborar y los que apoyan de forma activa el nuevo régimen. El primero es más numeroso y está constituido por los que no muestran escrúpulos en colaborar con las autoridades, aunque sea con cierta pasividad, prestan

juramento de fidelidad al rey José y, desde sus cargos, contribuyen a mantener la paz y obediencia a las autoridades. El segundo grupo lo integran los que muestran una adhesión explícita al rey José, y por sus manifestaciones públicas o por los honores y cargos que reciben en premio a sus servicios deben considerarse como verdaderos afrancesados.

En fin, estamos ante un libro de indudable interés, que está bien editado y se lee con facilidad. El autor, aunque parte de un esquema organizativo claro, ha sido lo suficientemente flexible para dejar que la información utilizada dote sus resultados de lógica, cronológica y factual. No queda sino felicitar al profesor Barbastro por el trabajo realizado y esperar que siga investigando sobre el tema para que ofrecer una síntesis de la actitud del clero durante la Guerra de la Independencia.

Maximiliano Barrio Gozalo
Universidad de Valladolid

Guerrero Carot, Francisco José: *Un cruzado contra el liberalismo. Aguilar Serrat (Manlleu 1826-Segorbe 1899) Obispo de Segorbe*. XII Premio de Investigación «María de Luna», Excmo. Ayuntamiento de Segorbe 2013, 569 págs, más CD con anexos documentales, ISBN 978-84-937402-2-1.

Francisco de Asís Aguilar Serrat, aparece en el prisma de esta biografía como hombre, escritor, historiador, obispo, polemista y hasta político. Guerrero Carot ha estudiado su persona y sus escritos y también su labor como cura, educador, periodista y obispo. Es algo más que un ensayo. Es una investigación, en cuya base está su doctorado en la Universitat Jaume I.

¿«Un estudio con ausencias» queridas? Este es un texto de más de 500 páginas, 19 anexos en un CD incorporado, y 34 páginas de fuentes y bibliografía. Si Francisco de Asís Aguilar ha sido desatendido, este libro es una recuperación de un clérigo, de familia pobre, destinado a una diócesis pobre, la de Segorbe, de la que no quiso salir, porque consintió hipotecar su libertad ante un poder que se la quitaba a la Iglesia (520, 526-527).

Ese ir a más en todas las iniciativas, hizo de Francisco de Asís Aguilar el primer historiador de la diócesis (436 y 438). No cesó de «batallar las batallas del Señor», una de las expresiones favoritas de Pío IX. Lo hizo en publicaciones periodísticas. A partir de los años setenta en varios diarios, *España*, *Católica*, *Español*, y *La Cruzada* (436-438, 452, 457). Esta última revista, hizo suyo el lema de Torquato Tasso en su *Gerusalemme Conquistata*: «Hoy se vence o se muere».

Este obispo celoso, «de gran saber y virtud, un hijo ilustre de Cataluña», no abandonó su sede cuando el cólera. Creó la Caja de Ahorros y Monte de Piedad y antes fue uno de los impulsores de la Caja de Ahorros de Manlleu (331, 507 y 515).

Guerrero Carot sigue su trayectoria en Manlleu y Vic hasta que marcha a Madrid, sus trabajos en la Corte y su nombramiento como rector del Seminario de San Pelagio, de Córdoba. El autor describe el mundo al que llega el nuevo obispo, la sociedad, las instituciones diocesanas, el cabildo, clero, seminario y los colegios anexos, los instrumentos de formación de este clero. Es un acierto el situar la labor pastoral del obispo en el marco de la «religiosidad». Esta es su auxiliar y su límite. El obispo era un hombre civil. Lo fue en Manlleu, en Madrid, en Córdoba. Lo fue hasta querer entrar en la política. «La acción Social» es otra vertiente de los obispos de este tiempo.

Francisco de Asís Aguilar lo fue ejemplarmente y, desde una ciudad apartada y pequeña y en una diócesis pobre, siguió presente en los proyectos y azares de la Iglesia en España desde la segunda mitad del siglo XIX, desde el bienio progresista (1854-1856) hasta la España finisecular, la de la derrota y la de una recuperación económica veloz, que puso de manifiesto que la sociedad crecía más gracias al trabajo, al ahorro, a la buena administración de los propio, a la lucha contra los abusos. La Regeneración era un rechazo de la retórica, aunque, al publicitarse, quizás, también ella se contagió de ese tono vacío.

¿En qué aspecto se demora el trabajo de Guerrero Carot para profundizar en su estudio? En la obra escrita de Francisco de Asís Aguilar. En la Segunda Parte, «El pensamiento de Aguilar», explica que va a estudiar la inspiración de su obra como obispo, las coordenadas en las que se mueve. Se cierra con «Su pensamiento íntimo», un punto difícil de conocer, por las razones que expone (41).

«La obra Escrita» de Francisco de Asís Aguilar es la tercera parte. En ella Guerrero Carot ha establecido la lista de sus escritos, libros opúsculos, su labor de historiador y sus textos publicados en el Boletín Eclesiástico.

«Violentum non durat», el trabajo y el propósito de este biografía lo confirma. Esa historia sin nombres, sin lugares, sin fechas, llena de un aparato conceptual procedente de modelos sociales, dejaba a un lado el relato para ahorrar los tiempos y las personas. No cambiaron los lugares, porque estos tienen el privilegio de mudarse por milenios. Esta es una biografía que expone y comprende porque no «se ha apartado» del protagonista, ni de los documentos. En ellos están la hipótesis con valor heurístico, dicho llanamente, que estimulan a seguir buscando para confirmar, matizar o rectificar (48).

Guerrero Carot lo formula lapidariamente: la biografía busca la capacidad de innovación, de creación, de buena gestión. Habría que añadir entre creación y

gestión, resistencia. Porque la vida es también eso. La biografía, como historia, debe dar cuenta y razón de las resistencias frente a quienes quieren impedir la innovación y la creación. Basta recordar los datos que aporta este libro sobre la libertad de enseñanza, la oposición a la intervención del Estado en la organización de la Iglesia, la resistencia a una secularización «decidida» desde la política, los límites a libertades declaradas, como la de expresión e imprenta para «los resistentes» al proyecto político hegemónico.

¿Pierde poder la Iglesia? En esos años sería mejor decir: que la Iglesia siente que le quitan el poder, pero está convencida que su caudal de influencia en la sociedad y de presencia en ella sigue siendo grande.

Autor y lector coinciden en reconocer la inteligencia del Francisco de Asís Aguilar, su capacidad de trabajo y de convertir las ideas en iniciativa. Para Guerrero Carot hay un motivo más: su enraizamiento en Segorbe. Llegó allí no de paso, sino para quedarse. La lectura del libro permite descubrir otra zona de gran empatía, el catalanismo de este cura de Manlleu que llegó a obispo (36-47).

Desde 1854 a 1863 Aguilar trabaja en Vic. Estará en Madrid desde este año hasta 1876. Los cuatro años siguientes en Córdoba como rector del Seminario. Y desde 1881 hasta enero de 1899, en Segorbe. Aguilar resume su vida diciendo que se ha ocupado en la enseñanza, «en predicar el Evangelio en los pueblos más sencillos en defenderlo en la prensa». Fue un clérigo que hasta su nombramiento episcopal estuvo fuera del sistema benefical, el sancionado por el Concordato y el instrumento de intervención del viejo regalismo en la vida de la Iglesia (55-57 y 108).

La razón, «preferí viure sempre pobre», trabajar en el Hospital de San Bernardino, «rodejat de pobres vellets» para quienes era el «Padre Francisco». Este fue el horizonte en el que eligió vivir: trabajar y estar retirado y, en sus últimos años, vivir «en alguna casa religiosa» (113 y 150).

¿Fue ultramontano? ¿Podría un católico quedarse indiferente el modo en que el Gobierno del Reino de Italia creó primero y luego solucionó la «cuestión romana»? La creó invadiendo, ocupando militarmente territorios que se anexionó. La resolvió unilateralmente, imponiendo el arreglo a un vencido. Cavour dijo que se inclinaba siempre del lado de los débiles, porque era liberal. El Reino de Italia no lo fue con el Papa. El centenario de estos hechos recordó por qué fue así.

Aguilar fue sensible a la situación de la Iglesia en aquella sociedad. No funcionaban como antes los sistemas que aseguraban la fe tradicional y las costumbres de los mayores. El poder, el político y el civil, empujaban en otra dirección. Para él y para los que habían visto la «des-cristianización», la situación era de cerco, de tempestad que parece arrastrarlo todo. Por eso, la estrategia era defender los

baluartes y recuperar de la avalancha todo lo salvable y cobijar a los que fueron sorprendidos por ella. Más en concreto: la iglesia debería defenderse con sus recursos, ante «la indiferencia» del poder político y el «diluvio» del otro poder, la imprenta, la prensa y los libros, y la cátedra desde la escuela a la Universidad.

Esta fue su interpretación de lo que estaba sucediendo. La revolución es «descendente», desde las «cabezas de la sociedad, hasta las otras clases». Fue anidada en los principios del regalismo jansenista y en el paganismo. Hubo una oportunidad de impedirlo. Fernando VII no la aprovechó. No se restauraron «las leyes antiguas» que habían garantizado la «libertad verdadera». Decir que esa situación respondía a una política nueva era mentir. Ocultaba un designio de «perversión moral» del pueblo y de persecución de la Iglesia (216-226).

Era un fenómeno de «seducción». Frente a ella, la vigilancia, la alerta, porque en guerra o paz armada, dice Aguilar, no cabe otra salida, pues el derecho y la justicia son conculcados (303, 318-319). Roma ocupada por «todas las sectas», denuncia esa realidad que trata mantenerse latente. Oculta es la Masonería, esa «Iglesia de Satanás», difusora de un catolicismo humano, desapegado de toda religión positiva (372 y 399). Era esta también una imagen compartida, que delataba un temor y un deseo de nos «des-alojada» de ese puesto de «religión civil», secularmente ocupado por la Iglesia de «cristiandad».

Emerge entonces un sistema, ajeno a la moral. Aguilar cita las noticias de timos, robos, irregularidades, estafas, «filtraciones de dinero», que han llegado a los tribunales y a los parlamentos. El la Compañía del Canal de Panamá era un síntoma clamoroso de esa crisis. La restauración moral, escribe en julio de 1897, ha de ser obra de «hombres religiosos». No la pueden hacer ni los anarquistas, ni los ladrones, ni los que atentan contra el «orden» o se callan ante el desorden, salvo cuando toca a sus intereses (219).

¿Era eso el liberalismo? En el universo simbólico de «los católicos», es decir, de la gente de Iglesia, sí lo era. Es un acierto de Guerrero Carot mencionar que el antiliberalismo se opone a la libertad de conciencia, a la tolerancia del heterodoxo, pero también a la libertad de mercado (405) y a la unificación institucional y cultural, a eso que se resume en la palabra centralización.

Es este un aspecto sugestivo y nuevo en el tratamiento de este punto. El Estado debía proteger el catolicismo y la «economía», que entonces se denominaba «economía política». Era una versión de esa ley suprema antigua del «pro aris et focis».

¿Era este antiliberalismo «compacto»? Aguilar se opuso a una forma de monopolio, el de la edición de libros litúrgicos, concedido por Felipe II a los Jerónimos de El Escorial, «un lucrativo negocio», que además era un abuso. En 1872, en aquel sexenio de libertad y democracia, escribió que «las cosas

eclesiásticas» solo se podían arreglar «con la abolición de todas las trabas que se oponían a la libertad de la Iglesia» (421-422 y 425-426).

Siendo obispo, Aguilar participó, decisivamente, en un proyecto de reforma de la enseñanza, cuando Alejandro Pidal fue Ministro de Fomento en un Gobierno presidido por Canovas. Esta fue quizás la iniciativa más importante, políticamente vinculada por los adversarios de Pidal, con la Unión Católica, que incluía entre sus fines la enseñanza libre. En nombre de la libertad de enseñanza y de la ilustración se obstaculizaban las iniciativas que, en otros sitios, habían mejorado la calidad de la enseñanza y la habían extendido, «sin coste alguno para el Estado» (110-111). Citando cuatro momentos de restauración política recordaba que ni entonces, ni en 1879, ni en 1882, se había restablecido la libertad de enseñanza (256, 323, 328).

En plena *Renaixença*, en la nueva consagración de la Iglesia del Monasterio de Santa María de Ripoll y en la «oració fúnebre» con motivo del traslado allí de los restos de Ramón Berenguer III el Grande, representó un anticipo de la «Catalunya cristiana». El futuro de Catalunya estaba ligado con la prosperidad o decadencia de Ripoll. En los momentos de esplendor, Catalunya se convirtió en «una gran nació». Cataluña resucitaba. Se salvará siempre si «conserva pures i enters els caràcters de la nostra raça» (391-392). Collell aplicara a Aguilar, lejos de su Cataluña, en la Corte, ese rasgo del buen catalán, que, «gelosament conserva la seva independència» (114).

El obispo Aguilar tuvo que gestionar un modelo pastoral en el que recursos, acciones y tareas le venían dados. Era un modelo, que se resistía a cambiar. En la segunda mitad del siglo XIX, a ese modelo se incorpora una sensibilidad, unas iniciativas e instituciones nuevas, no previstas en el modelo concordatario. La sensibilidad era el acercamiento a los pobres y humildes, al estilo del P. Claret, del que escribió una biografía en Madrid en 1871, y también su catalanismo. La oposición mayor hacia sus proyectos le venía del propio campo, los consideraba como ataques que aplastan y cansan y desalientan (115).

Estuvo con los que iniciaron la apertura gradual de León XIII (128). Basta recordar su vinculación con los Círculos de Obreros Católicos, cuyos efectos se reconocían varios años más tarde (366). Obispo de una diócesis pobre, fue generoso para contribuir a todo lo que beneficiaba a los menos favorecidos (155 y 157).

Frente al catolicismo político, el de las humildes obras, que exigen perseverancia y se encaminan a la mejora de las condiciones de vida de los pobres y de los menos protegidos. Frente a esa Iglesia que solo mira al poder y reivindica frente él, la otra, la que se ejercita, discretamente, en la misericordia compasiva y extiende los beneficios de la escuela y la instrucción religiosa. Fue una vía abierta para des-hipotecar a la Iglesia del monopolio de sus doctrinarios,

intransigentes... y «refractarios», insumisos y rebeldes ante lo que no se ajustaba a ese sistema cerrado de pensamiento y de praxis «integristas», título de gloria en el que ocultaban su dureza de mente y de corazón. Estaban lejos de esos mandamientos que invitan a una justicia mayor (Mt 5, 20-40). Con ellos cerraba Tolstói su novela *Resurrección*, aparecida en 1899.

Cuando se elabora el proyecto de reforma para el Concilio Vaticano I, a finales de los años sesenta del siglo XIX, Aguilar tiene cuarenta años. Lleva varios años en Madrid. Algunos gestos suyos y muchos puntos de su labor anterior a su nombramiento episcopal y de su programa, se inspiran en ese proyecto de reforma abortado por los sucesos conocidos como «cuestión romana».

En tiempos de acoso y derrota, importa sobre todo mantener la disciplina, que une y da fuerza. En esa idea de adhesión incondicional, introduce el obispo Aguilar otros elementos. La Iglesia luz, columna de la verdad, foco de caridad. Su cohesión se forja entorno a la fe, con la que se cree, a la esperanza con la que se resiste el mal y se anuncia «otra justicia» y en amor, que es la verificación de la verdad. Fuera de él, tiniebla, muerte y des-conocimiento.

Para construir eso, frente a quienes ponía la Iglesia al servicio de su propia causa, se servían de ella, esos años se insiste en la unidad en torno al obispo. Este es un aspecto que hay que integrar en ese proyecto pastoral, «al estilo de la época», porque ese esfuerzo por la unidad y por la defensa de la libertad, es el elemento nuevo, desde el que se irán reajustando todos los otros elementos, como claramente emerge de la descripción de ellos: clero, seminario, laicos, reforma de costumbres, unidad de pensamiento y acción, fortalecimiento espiritual, misiones, orientación justa de devociones populares, cofradías... y el «Rosario», devoción que inicia, en un clima orante, doméstico, privado, a los misterios de la vida de Jesús, especialmente a los de su pasión (197-198). Era además el recuerdo de una victoria sobre el turco, el gran enemigo de la Cristiandad en el 7 de octubre de 1571.

El peso de una tradición secular, el deseo de conservar lo conseguido, sobre todo a partir del siglo XVI, condujo en los años ochenta a confundir ley civil y sacramento, en el caso del matrimonio. En los años ochenta, cuando se comienza a recuperar el matrimonio civil, aprobado en el sexenio 1868-1874, en la redacción y aprobación del código civil, Aguilar apela a esas razones de conveniencia entre el porvenir de la sociedad, la estabilidad de la familia y la prudencia política a la hora de modificar una institución tan importante para el clero y los católicos (239). La delicadeza del asunto queda probada en la documentación sobre la negociación de esa base entre España y la Santa Sede que se prolongó hasta 1887.

Otra de las preocupaciones del obispo Aguilar fue elevar el nivel del clero, cultivando las vocaciones, ordenando los estudios y el régimen del Seminario,

proveyendo a que ni se perdiera una vocación por falta de recursos, ni «entrara en el santuario» quien, falto de vocación, sería un destrozo para sus fieles (341-342).

Un rasgo moderno más del obispo Aguilar fue su deseo de actuar conociendo la realidad de su diócesis. Percibió enseguida que había llegado a una diócesis que, en los años anteriores había sufrido estrecheces. El personal era insuficiente. Era una diócesis rural. Trabajaban los niños en las faenas del campo en tiempos de recolección, condicionando la escuela y la catequesis. Pese a la existencia de fundaciones numerosas, persistía una pobreza generalizada. Destacaba que la precariedad y costumbres antiguas que no facilitaban las reformas. Segorbe era una ciudad pequeña y apartada. No era posible atender debidamente los pueblos, por falta de clero (270 y 471-474).

En esta diócesis pobre se quedó Francisco Aguilar Serrat, sin hacer carrera, sin buscar ascenso, haciendo honor a sus convicciones, a sus ideas y a la línea trazada años antes de ser nombrado obispo (508).

En la apertura intelectual, Aguilar se benefició de su cercanía a Zeferino González. En aquellos años el obispo dominico figuró como el inspirador de la línea abierta en exégesis por la *Reeve Bíblica*, que incluyó un texto suyo en el primer número.

En el lado de las iniciativas, de la percepción de que la sociedad estaba cambiando, sobre todo con el ascenso de la demanda de mayor justicia y con el anuncio de un «basta ya» por parte de quienes estaban viviendo sin recibirla, estaba Claret. El arzobispo, durante el viaje de la Reina por Andalucía, dejó en sus *Memorias* noticia de las condiciones de vida inicuas en las que vivían colonos y jornaleros. Al poco tiempo, se produjo la rebelión de los campesinos en Loja (Granada).

El P. Zeferino y el P. Claret eran otro modelo de obispo. Aguilar perteneció a esa minoría episcopal, exigua, que aceptó la orientación de León XIII. En esto también escapó del patrón de obispo vigente esos años.

A través del Boletín Eclesiástico buscó remediar las carencias del clero: les faltaba ciencia, piedad y dedicación al ministerio. Eran insuficientes los curas y las vocaciones escasas. Frente a la reclusión en la sacristía, exhortó a su clero a estar al lado de los obreros, a acudir a la escuela, a los hospitales, a recurrir a la prensa (523). Quería que el clero de Segorbe se pareciera al P. Claret y fuera misionero, que predicara testimoniando, que no se limitara a transmitir «enseñanza» (267), y que hasta pudiera vivir en comunidad. Creó para el clero una mutualidad, una institución de previsión, que era entonces novedad que paliaba «la precariedad» (275).

Quiso hacer el arreglo parroquial, convocar concurso para proveer las parroquias, convocar un Sínodo para poner las «viejas leyes» al día, cotando con la aportación y aprobación de su clero. No pudo ser (298).

La actuación del obispo con el Cabildo, el seminario, su proyección fuera de la diócesis, con la Unión Católica, los Congresos Católicos, las peregrinaciones a Roma, su estima al P. Claret y su relación leal con el Cardenal Zeferino González, el amor a su tierra, su dedicación al estudio... Todo esto forma parte de una biografía, con muchas facetas. Una de ellas, menos destacada, por ser cotidiana, la permanencia en Segorbe al lado de los suyos, especialmente durante el cólera.

Este libro se inicia con una observación, que sirve de aviso: la historia de la Iglesia no debe ser ni confesional ni con deseos de adoctrinar, escrita lejos del método histórico (30). Así debe ser. Así ha sido en muchos casos. Uno de ellos, el del obispo Aguilar. Escribió su *Noticias de Segorbe y de su obispado por un sacerdote de la diócesis*. Alabó la obra de Francisco de Diago, pues «no escribía sin haber apurado» en archivos y bibliotecas todo lo que pudiera aportar luz para conocer y referir la verdad. Siguió el consejo de Carlos Borromeo: la Historia de la Iglesia debe escribirse «acudiendo a sus fuentes, que suelen hallarse solamente en los archivos y en las antiguas bibliotecas» (478 y 493).

Este libro, incluido su CD con 19 anexos documentales, se cierra dando razón de por qué hay que acudir a fuentes y «antiguas bibliotecas»: para «hacer justicia», hallando o sacando a la luz las razones de lo que se hizo y se intentó, de los apoyos y rechazos. La historia ha sido muchas veces anales de reyes y adorno para efemérides. No está condenada, como dijo León Felipe, a ser la crónica del Rey y del arzobispo. Anónimo fue, por voluntad propia el «sacerdote de la diócesis» que escribió esas más de 1400 páginas dando noticia documentada de una ciudad y de sus pueblos, de sus instituciones y de su gente.

Aguilar no debe quedar como alguien meramente ilustre ni ser olvidado en un total anonimato». Guerrero Carot ha hecho su labor según este propósito. Lo ha logrado Su libro introduce en el conocimiento de aquella Iglesia aquellos años y en aquella sociedad. Es una excelente aportación, documentada y analítica, sobre las ideas y su difusión, las instituciones diecesanas, su gestión y reforma. Francisco Aguilar Serrat fue un obispo «ejemplar», es decir, su vida como sacerdote y obispo son también un modelo para conocer y apreciar, estimar y valorar aquel tiempo y aquella Iglesia.

Cristóbal Robles Muñoz
Instituto de Historia, CSIC, Madrid

Montero García, Feliciano; Moreno Cantano, Antonio C.; Tezanos Gandarillas, Marisa (coords.): *Otra Iglesia. Clero disidente durante la Segunda República y la guerra Civil*. Somente-Cenero, Gijón: Ediciones Trea, 302 págs, ISBN: 978-84-9704-747-0.

Curas republicanos, curas disidentes, ¿es una buena síntesis? Los azares, la existencia, de estos 10 curas, ¿puede resumirse, desde los que los «pusieron de ejemplo» para condenarlos? ¿Fueron solo un argumento que nada explica, si fueron una excepción? Este es un libro muy documentado, trabajado hasta el detalle. Ha tenido su cuna en el marco de un largo y serio esfuerzo de investigación histórica sobre la confrontación entre lo católico y lo laico.

En ese marco parece situarse la biografía de cada uno de ellos. La disidencia es mensurable. Parece que no puede alcanzarse el tamaño para poder hablar, sin matices, de «otra Iglesia». ¿Fueron disidentes solo respecto a la Iglesia? ¿A quiénes abandonaron y con quiénes echaron su suerte? Su vida ¿empezó con la República? Su conflicto, ¿solo con la Iglesia, su jerarquía, sus «otros católicos»?

La respuesta puede ser una de las conclusiones de Luis Gutiérrez. Su «experiencia topó con los sectores más conservadores del catolicismo social español que, finalmente, consiguieron abortarla. No solo en las alturas, sino en la práctica parroquia rural, al contacto con los caciques locales» (280).

En una excelente introducción, Feliciano Montero introduce un elemento fundamental: la trayectoria vital de cada uno de ellos, su crisis de su identidad elegida y de la función que cumplen, de lo que son y hacen. Esa crisis se vive en un escenario de cambio, la llegada de la República, y en medio de una tragedia, la Guerra Civil, donde hay una retaguardia, en condiciones tan dramática como las de sus trincheras: la represión, la violencia que aterroriza, la violencia descontrolada sobre el enemigo, anónima, porque casi siempre ha despersonalizado al enemigo para eliminarlo sin «mancharse las manos».

La trayectoria vital de cada uno ¿tiene como fondo decisivo la llegada de la República y su adhesión a ella? Las fechas de su biografía responden que no fue así. Cada uno de ellos inició su éxodo en aquellos primeros treinta años del siglo. Rodríguez Lago, el autor del estudio sobre Matías Usero, hace una lista de los elementos que perfilaron estas biografías: el catolicismo social, agrario y obrero, el modernismo, que incluye el americanismo anterior y que postula libertad en la Iglesia y apuesta por las libertades civiles, deshipotecando a la Iglesia de un modelo tan secular como decadente y obsoleto en casi todos sus rasgos, y la búsqueda de otros mensajes y otras lugares habitables, en el caso de Usero y de González Fernández.

La síntesis final, «las conclusiones» elaboradas por Luis Gutiérrez revela los datos esenciales para entender el «viaje» de cada uno de ellos, y con quienes

acamparon al final. Usero y González Fernández, con los fusilados. Otros, con ese «pusillux grex», los «extrañados», los abandonados, igual que ellos.

Los datos revelan una clamorosa ausencia en los seminarios españoles, detectada entre 1933-1934. Uno de los tres visitantes, Jesús Mérida, revela el fondo negro en el que emerge la «disidencia», la «rareza» de los aquí biografiados. Ni altura intelectual, ni capacidad para ejercer su «ministerio», ni buena formación, ni capacidad para instruir a los fieles, iniciarlos a la enseñanza de la Iglesia, prepararlos para dialogar y debatir, para entender lo nuevo, para asumir las exigencias éticas en una sociedad injusta, sin sensibilidad hacia el bien común, pues olvidaba que pertenecer a la sociedad obliga a ejercer los derechos civiles y a cumplir los deberes sociales, porque, por encima de las formas de gobierno, de los sistemas políticos, lo que importa es la sociedad y de la política, la que se hace, la que se debe hacer, la que es posible (17).

¿Cuestionan solo el modelo de relación Iglesia-Estado? La separación entre ambos, hecha en paz y hasta negociada, es una parte de esa quiebra en relación con el lugar y el itinerario de la «Iglesia», de su clero, de sus obispos y de la mayoría de sus «laicos», es decir de los católicos activos y defensivamente presentes en aquella sociedad. En ella clero y laicos son «gente de orden».

El «cura social» era parte de ese «reformismo», bastante radical, democrático, que reivindicaba la autonomía de las iniciativas de los católicos, su libertad frente a las prohibiciones y a las alianzas impuestas.

Todo necesita su tiempo. Por eso la hora de la crisis personal, en esta España tan poco «tocada del modernismo», llegó en los años veinte y treinta. Años de grave crisis política que descubrió la carencia de liderazgo de quienes, sin saber ser guía, «mandaban», y mucho y sobre casi todo.

Marisa Tezanos escribe la biografía de Luis López Dóriga. Desde muy joven estuvo comprometido en el catolicismo social. ¿Cómo y por qué entró en política? En este caso, como en las otras biografías, el relato, el testimonio y la experiencia des-encasillan a las personas. Conocía otras experiencias. Había viajado y estudiado antes de cumplir los treinta años. Los sistemas de información secreta se encargaron de descalificarlo por «sus graves errores y defectos». Sus ideas de una intervención social menos confesional y más libre chocaban con la reacción de esos años finales de Pío X, que se enfrentó a los sindicatos inter confesionales en Alemania, pero no se atrevió a condenarlos. Dejó en paz el Zentrum, porque un partido confesional habría sido «inconstitucional». Las organizaciones obreras deben servir para que los trabajadores encontrasen justicia y pudiesen cumplir sus deberes. Esa opción y las diferencias de estilo y personales, lo distanció del nuevo arzobispo, anterior obispo de Almería.

Su situación se complica más cuando es elegido diputado, pero no en las listas de un partido católico y de derechas. Sus discursos los juzgó escandalosos un nuncio tan «moderno» como Tedeschini. Un diputado sacerdote está sujeto al mandato de los intereses de la Iglesia y de su disciplina. También en España, donde no existía el *non expedit*, pero sí una «indicación» para que, al igual que primero en Italia, con Giolitti, y luego en Baviera, los católicos estuvieran siempre contra los cambios, porque siempre abrían paso a la revolución.

Lo aplaudieron como diputado quienes lo vieron como un hombre insobornable, que no se deja doblegar. En tiempos críticos, recordar lo importante es arriesgado. Lo hizo López-Dóriga. Lo esencial es la justicia, la caridad y la predilección por las clases humildes. Paz en la justicia y una justicia alcanzada «por los caminos de la paz».

Fue excomulgado. Siguió fiel al alma de la Iglesia. En ella estaba con su inteligencia y voluntad. Marisa Tezanos cierra esta biografía, con una referencia a 1902: una apelación a la Iglesia invisible «donde están a buen seguro los santos excomulgados». La fecha es muy significativa.

Tomás Gómez Piñán es la otra biografía redactada por Marisa Tezanos. Proclamada la República, fue miembro de la Comisión Jurídica Asesora. Hay un desplazamiento formativo y profesional hacia el mundo jurídico. Su condición de cura fue cada vez más marginal. Inició su carrera académica en Murcia. Tezanos designa este proceso como una secularización intelectual.

Una conferencia en el Ateneo, el 11 de julio de 1930, y su vinculación con Felipe Sánchez Román fueron el primer paso para manifestar que estaba por la libertad de cultos en un Estado laico. En un comentario aparecido el 23 de julio en *La Libertad* se apuntaba la incompatibilidad entre la condición de sacerdote y la apuesta por una «revolución religiosa». Esta conferencia dio lugar a una advertencia de la autoridad diocesana de Madrid.

También en política, Gómez Piñán fue sobre todo un republicano intelectual. Por estas fechas se inicia lo que Tezanos llama una secularización de facto. En su campaña para ser elegido diputado por Murcia reiteró las ideas expuestas en el Ateneo el año anterior. Desde *Heraldo de Madrid* manifestó sus ideas sobre las relaciones Iglesia-Estado. Quiso que la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas modelara un sistema de separación sin «medidas de excepción odiosas... inconciliables con los sanos principios de libertad y de respeto que han de regular las relaciones del Estado con las confesiones religiosas» (89).

A partir del otoño de 1935, siendo miembro del Partido Nacional Republicano, inicia su evolución, que terminará con su retorno a España en 1941. Comenzó a buscar su rehabilitación. No lo logró como profesor de Universidad. Un informe de la policía lo clasificaba como «sacerdote renegado». Pudo estar casado

civilmente desde hacía varios años. Marisa Tezanos cierra estas páginas con una hipótesis, razonable, en «una época convulsa» de su vida (97).

Antonio César Moreno Cantano es autor de las biografías de Jerónimo García Gallego y de Juan García Morales. Del primero destaca esa cerril persecución de unos clérigos caciques. La denunció como «ruindades del amor propio» y de sus relaciones estrecha «con partidos políticos que son de su preferencia». Tenía derecho a no pertenecer y hasta combatir a los que apoyaban el obispo y el vicario general de Segovia (62).

Fue marginado y tuvo dificultades. Durante la guerra, antes de salir de Madrid, dice: «estuve varias veces expuesto a ser asesinado». Ni seguridad ni medios de vida, por eso en febrero de 1937 se estableció en el sudoeste de Francia. Escribió *La Guerra Civil ante la razón católica y la razón nacional*. Tuvo problemas para publicarlo. En los meses finales, se alineó con Juan Negrín. No cabía una rendición incondicional. En julio de 1939 estaba en Biarritz, viviendo «en la mayor miseria». Viajó a Cuba y murió, olvidado, en 1961.

Hugo Moreno López fue otro de los curas influenciado por los que, en el cambio de siglo, optaron por la democracia. Sus primeros pasos estuvieron bajo el «amparo» doctrinal de la *Rerum Novarum* (112), y la protección del obispo de Almería, Vicente Casanova. «En defensa de los intereses del pueblo» participó en la edición de *El Eco Social*. García Morales se trasladó a Madrid en septiembre de 1917. En 1935, escribe: «me habrán excomulgado las derechas, que no son la Iglesia, porque si yo, como sacerdote católico hubiera tenido de mis superiores jerárquicos la menor advertencia, hubiera roto mi pluma» (103). Madrid fue su oportunidad intelectual y literaria. Tenía una gran erudición. En los primeros años de su estancia en Madrid colaboró en *El Siglo Futuro*, diario integrista.

Otro dato decisivo en su vida fue el no haber conseguido una canonjía vacante en Almería en el otoño de 1921. Se quedó en Madrid. En 1931 comienza a usar el nombre de Juan García Morales. Su postura política se radicalizó, pasando de la Agrupación al Servicio de la República a una crítica anticlerical a la Iglesia y a denunciar la opresión de los obreros, más intensamente en el bienio 1934-1935. «Esas derechas de Gil Robles, que tanto alardean de caridad y de justicia» carecían de entrañas y nada hacían por un pueblo «harto de trabajar y de sufrir».

El triunfo del Frente Popular fue el del pueblo. Esa victoria había «reconquistado la República del 14 de abril» (115).

El 18 de julio de 1936 avisó: nada se consigue con la fuerza. Participó en la propaganda para deshacer la imagen de «una guerra contra la Iglesia».

Para la propaganda franquista, Hugo Moreno era un resentido y un renegado. Declaró que no era un excomulgado ni un apóstata. Era un sacerdote, que no

había abandonado su religión. No regresará a España. Murió en Libourne el 12 de enero de 1946.

Matías Usero Torrente fue asesinado la noche del 20 de agosto de 1936 mientras, con otros presos, era trasladado a la cárcel de la Escollera. Este hecho desnudo, no tiene atenuantes. Pero sí «coincidencias». Agosto fue el mes de los asesinatos, en cada uno de los bandos. Se asesinó a plena luz y con la complicidad de las autoridades. Se asesinó a presos trasladados a una prisión de mayor seguridad, como sucedió con los de la catedral de Jaén, en las afueras de Madrid. Se asesinó a los «sacados» en aquellos transportes de la muerte durante el otoño de 1936. Se justificó diciendo que así se salvó Madrid. Se siguió asesinando con el mismo procedimiento, en los famosos paseos y de noche, en eso que Georges Bernanos llamó «Les grands cimetières sous la lune».

José Ramón Rodríguez Lago sigue a Matías Usero desde su infancia en El Ferrol hasta esa noche del 20 de agosto. Reconstruye su infancia, sus estudios en el Seminario de Mondoñedo, sus primeros ministerios como cura, desde 1901: México, República Dominicana, y Puerto Rico. En 1910 se convierte en misionero del espiritismo. Se reintegró a la Iglesia católica en enero de 1913.

Buen orador, periodista, político, con una relación cada vez más difícil con la Iglesia, pero sin romper con ella, Usero regresó a la teosofía en 1916. Todos los signos externos lo mostraban como un sacerdote en regla. Después de 1928, comienza su acercamiento al socialismo. Termina rompiendo con «el catolicismo romano», porque era contrario a la democracia, al socialismo, a la libertad y aun al liberalismo moderado (143). Ingresó en la masonería, pues era un «ideal opuesto» al jesuitismo. Los socialistas, colaborando con el Gobierno de Azaña, empujaron a Usero más a la izquierda. Fue esos años «un significado heterodoxo». Fue víctima de esa criminal locura desatada en las primeras semanas de la Guerra Civil.

Enrique Orsi Portalo es autor de los trabajos sobre Leocadio Lobo y Joan Vilar i Costa. El primero, nacido en una familia numerosa y pobre. Participó en la guerra de Marruecos. En la Guerra Civil asumió una posición claramente anticapitalista. Reconoció el valor estratégico y moral de la lucha de clases, como instrumento de defensa de los explotados y como vía para conquistar el poder (154).

Hombre de pensamiento y acción, fue propagandista y organizador del asociacionismo obrero católico. Políticamente libre de compromisos con partidos, sí los asumió ante lo que consideraba injusticias, atropellos del derecho, abuso de la fuerza. Considerando la Guerra Civil un ataque al gobierno legítimo, colaboró con él y defendió su causa ante el mundo católico en varios países europeos. La guerra ni era religiosa ni revolucionaria. Sus defensores no eran unos comunistas. Ni los alzados contra la República luchaban en defensa de la Iglesia.

Actuó como un cura que atiende a esa «pequeña grey», que permaneció, clandestina, en la zona republicana. Nada se logró, pero Lobo esperó mucho. Orsi apunta a las causas del fracaso, pero quizás se queda corto. Lobo sí hizo todo lo que estaba en su mano. Chocó con Gomá, que entendía que la guerra era la única forma de que la Iglesia volviera a ser lo que fue en los años anteriores a 1931. Lobo normalizó su situación como sacerdote católico en diciembre de 1947. Residió en Nueva York, donde falleció el 11 de julio de 1959.

Joan Vilar i Costa, que perteneció a la Compañía de Jesús hasta agosto de 1931, conservó su preocupación por la formación y su dedicación a escribir y hasta su conocimiento y dominio del latín. Catalanista, promovió el conocimiento y la conservación de la lengua catalana. Sus glosas a la *Carta Colectiva de los Obispos*, de julio de 1937, revela su gran formación eclesiástica, manifiesta ya en sus escritos anteriores a la Guerra Civil.

En uno de los textos citados por Orsi, Vilar i Costa sitúa la persecución de la Iglesia en la zona republicana en una clave: la percepción de que eran católicos quienes negaban a los obreros sus derechos, los condenaban a la miseria. «El obrero vio en quienes así lo trataban a la misma Iglesia, y de ahí su apostasía» (182).

La otra clave en su biografía está en arriesgar su vida al colaborar en la defensa de la República, cuando aún era posible ser parado en la calle, sacado de tu domicilio, y solo por ser cura ser asesinado (185). Derrotada la República, fue, como dice Raguer un «capellà al servei dels exiliats».

Esos años su catalanismo político es de una gran densidad ética en sus postulados y en la demanda que plantea a políticos y a curas en relación con su cercanía a los obreros (198). Pasó de la esperanza a la cólera. Enrique Orsi habla de «un gran resentimiento» (199). Si muchos quisieron serlo, parece que, sobre todo en el exilio, Vilar i Costa fue el que mejor vivió y sintió ser «germà de tots» (177).

Cándido Nogueras, un sacerdote de la diócesis de Huesca, coadjutor de Almudévar, amigo personal de algunos políticos, se radicalizó al estallar la Guerra Civil. Quería demostrar que era sacerdote y republicano. Como hicieron otros, combatió con la palabra a los enemigos de la República. También Nogueras aseguró que no había persecución religiosa. La Iglesia traicionó a Jesús, empleando sus recursos contra el pueblo. Jesús habría sido un miliciano (207) La ira del pueblo iba dirigida contra el clero, su enemigo. 1937 fue el año en que se quiso poner en marcha una campaña para presentar a la República tolerante con la Iglesia y beligerante contra el fascismo. Nogueras era un buen icono. Luisa Marco lo ha percibido (209).

Detenido en Zaragoza el 17 de abril de 1938, en su defensa, presentó su papel, aunque pequeño, en los sucesos de esos años de guerra (215). Pasó por

la prisión de Carmona. Allí lo protegió el obispo de Vitoria. El Cardenal Segura visitó la cárcel varias veces. Excarcelado fue destinado a Santa Engracia, en la ciudad de Zaragoza, entonces perteneciente a la diócesis de Huesca. Siendo niño, Noguera tuvo problema psiquiátricos. Murió en Jumilla, Murcia, el 13 de octubre de 1976. Tenía 77 años.

Me parece la historia de Francisco González Fernández la más conmovedora de las diez biografías. La han escrito Encarnación Barranquero y Feliciano Montero. Lo afirmo, porque revela la tragedia, oculta y silenciada, de los innumerables españoles que vieron su labor diaria transformada en urgencia y lucha y luego en derrota, condena y fusilamiento.

«¡Qué hombre más bueno era aquel!» Todo lo daba a los pobres. «Trabajad como debéis», decía (230). Quizás este sea un testimonio «elaborado». La memoria es selectiva, pero estos rasgos parecen haber sido guardados y cuidadosamente transmitidos.

Para Francisco González el momento crucial de su vida fue 1934. Ese año dejó la parroquia de Mijas. En mayo de 1936 ingresó en la masonería. «Vida» fue su nombre simbólico. En octubre «se casó al estilo libertario» con Remedios González y tuvieron un hijo (236 y 231).

Encarcelado, suspendido de empleo y sueldo, fue sometido a un consejo de guerra el 12 de julio de 1937. Condenado a muerte, la sentencia fue confirmada. Será ejecutada el 21 de enero de 1938. Le ayudó su familia mientras estuvo encarcelado. Reivindicó su condición de sacerdote. Vistió sotana. Trabajó para conseguir la conmutación de la pena. «No dejen de visitar al obispo». En su última carta firmaba añadiendo «Presbítero».

¿Qué conclusiones? Basta el relato. Los hechos bastan y los nombres y las fechas. Francisco González, fue conducido a la pared del cementerio de Málaga. Pidió antes a los suyos que amaran y perdonaran y agradeció lo que por él habían hechos esos meses, usando la palabra «caridad». Sus restos pasaron de una zanja al osario. ¡Qué poca retórica y cuánta verdad en esta vida, tan semejante a la de tanta gente! A diferencia del protagonista de la novela de Baroja, *Las miserias de la guerra*, él no se dejó matar. Su nombre era «Vida». La dio aquella noche del 21 al 22 de enero.

Quizás el que más y mejor sobrevivió fue Régulo Martínez. Miguel Ángel Dionisio cierra esta serie de diez biografías. Es un trabajo muy documentado. Su recorrido personal es muy similar al de otros curas. De ellos no puede decirse que formaron «Otra Iglesia», ni siquiera como imaginario. Régulo, propagandista social, fue republicano, también después de la derrota y hasta la transición. Sobre él pesó la imagen del cura jacobino y rojo (256).

Como en las otras biografías, el relato permite ver la distancia entre lo que quiso y lo que logró, las servidumbres a las que hubo de someterse y el aliento para, a pesar de eso, mantener la dignidad, la lucidez y la decencia. Desde abril de 1939 hasta febrero de 1944 estuvo encarcelado. Miguel Ángel Dionisio completa la biografía con la participación de Régulo Martínez en la oposición al franquismo y en la transición.

En estos diez nombres no se incluyen todos los que fueron. Todos son muy representativos, algunos especialmente, como Vilar i Costa, García Gallego, que podría considerarse un Romolo Murri segoviano, López Dóriga, Lobo y Régulo Martínez.

Faltan otros, claro que sí, pero es que la historia, la que se hace y la escrita, además de ser tarea «co-operativa», es siempre incompleta, un tanto «interminable» y siempre inacabada. Este libro saca a la luz la vida de unas personas, que en 1929, «andaban malviviendo por tierras de desesperación» (273). ¿Qué fue de ellos, de cada uno de ellos? Lo ha recogido muy bien Luis Gutiérrez en las «Conclusiones».

Se ha dicho de Lobo que, al explicar la violencia contra el clero y contra la Iglesia, parecía «entenderla», casi justificarla. Sobre Villar i Costa se pregunta Enrique Orsi si no debió ser más explícito en relación con la violencia, hasta el exterminio, de los enemigos, de los que ofrecían resistencia armada a la República (188-189).

¿No hacían lo mismo también los del otro bando? Cada uno de ellos se hizo «sus héroes y sus rebeldes». Fue una operación de propaganda. Este aviso, consignado en la biografía ejemplar de Vidal i Costa, debe ayudar a cribar los hechos y los testimonios para dejar caer lo que en ellos haya de imagen y propaganda.

Cristóbal Robles Muñoz
Instituto de Historia, CSIC, Madrid